



Vistas de la Sierra de Guara



Cuello Upiesa



Embalse de Guara



San Cosme



Fuente Santa



Fuente Santa

de las encinas están aterciopelados por el verde del musgo, salimos al llano de la Carrasca, a los pies de la Predicadera. Nos detenemos de nuevo para admirar el lienzo, compuesto por los mallos de Ligüerre, los grisáceos crestones del Borón con alguna pincelada rojiza, el verde turquesa de las remansadas aguas del embalse de Vadiello, el huevo de San Cosme, el acantilado bajo el cual se emplaza el santuario de San Cosme. Seguimos por la pista que serpentea, hasta llegar a la fuente Santa, que mana abundante agua, en pocos minutos llegamos hasta la verja del santuario.

Hoy finalizaré este escrito con unos vocablos en honor a dicho Santuario:

“Chirrían los goznes al abrir la diáfana verja al amanecer, dejando el paso libre a los romeros que acuden puntualmente al eremitorio en su cita anual, cada pueblecito con su bruñida cruz erguida, día de reencuentro con el lugar, momentos de gastar buena conversación con los vecinos, manos tendidas que se funden en un cálido saludo tras el tiempo transcurrido esbozando una sonrisa en sus semblantes, momentos de orar en este enclave que emana misticismo. Romeros que descienden por el tortuoso camino, hasta llegar a la ermita, que buscó el mimetismo al abrigo del pétreo macizo, en un recoveco del nacimiento del acantilado, mas la belleza del paraje trunco su anonimato. La azulada Predicadera, el altanero farallón del huevo de San Cosme, el espejo de Vadiello, el abrazo de la Sierra, presagian la belleza del Santuario. Los primeros dorados rayos solares se asoman con timidez reverberándose en el espejo de Vadiello, en las bruñidas hojas de la vegetación, en las bruñidas panzas del acantilado tras la parca lluvia primaveral. Visitar la fuente Santa, tomando un frugal refrigerio, fontana cuyas aguas sanadoras alimentan la devoción de los romeros.

Recorrer con la mirada las panzas del vertiginoso acantilado con sus recovecos, en alguno de ellos las cabriolas de alguna cabra retiene nuestra atención, finalizando el altanero viaje visual en la fachada del eremitorio, contemplando la hornacina que llora su soledad, el reloj de sol que marca las horas con el saludo del astro rey, la portalada de la ermita.....En su sombrío interior se escucha un cántico de agradecimiento bajo la austeridad de la fría roca, se filtran algún destello solar dejando en penumbra la estancia, una parca fontana mana aguas milagrosas.

Chirrían los goznes de una verja al atardecer que se cierra hasta el año siguiente.

Din, don, dan tañe la enmudecida campana en San Cosme y San Damián en el recuerdo de las personas mayores”.

mirar la panorámica, destacando al norte entre el verde del arbolar la ermita de Fabana. En pocos minutos llegamos a los restos de una construcción de mampostería engullida por la maleza, la senda desemboca en una pista, dirección este nos llevaría hasta la ermita de Arraro, por cuello Upiesa. Nosotros tomamos dirección oeste, dicha pista transcurre entre denso pinar, de vez en cuando se puede ver alguna ardilla trepar por los troncos. Llegamos a un panel direccional

el cual nos indica a mano derecha la ermita de Fabana, dirección que seguimos. Tras vadear el río Calcón en tres ocasiones que lleva cierto caudal, cogemos un desvío a mano izquierda que nos deja en dicha ermita. Contemplamos su torre con su bonita ventana geminada y su ábside semicircular, dicha ermita es de estilo románico. Citamos a José Luis Aramendía -el románico en Aragón: “de planta rectangular, una sola nave. La torre de planta cuadrada, el último piso que

>“Chirrían los goznes de una verja al atardecer que se cierra hasta el año siguiente”

cierra con bóveda de crucería de extraordinariamente gruesos nervios, abre cuatro ventanas,

dos de ellas geminadas.” Dedicamos unos minutos a admirar el bonito paisaje que nos ofrece el enclave, por el sur el lienzo lo componen las diferentes tonalidades del verde de los pinos, de las aguas del embalse de Guara, de los cajicos. Proseguimos en nuestro caminar dirección oeste, por una senda que transita entre pinos, buchos y alguna carrasca, cruzamos el seco cauce del barrando de los Muertos, seguimos por el ramal de la derecha, al ser vertiente norte los troncos